

Colección Ariel

n.º 24

PRECIOS:

El número suelto..... 10 cénts.
La serie de cinco números.. 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
EN FOLLETOS DE 32 PÁGINAS
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>La Fantasia</i> ..	1 ✓
OSCAR WILDE.— <i>El Príncipe Feliz</i>	4 ✓
FEDERICO ROMERO.— <i>La niña que pide</i>	16 ✓
EFREN REBOLLEDO.— <i>Soy como la golondrina</i> ..	16 ✓
G. MARTINEZ SIERRA.— <i>Proverbio</i>	17 ✓
AULO GELIO.— <i>Androclo y el león</i>	17 ✓
WASHINGTON IRVING.— <i>Corazón deshecho</i> ..	20 ✓
MIGUEL DE UNAMUNO.— <i>La superstición</i> <i>gramaticista</i>	26 ✓
HORACIO GREELEY.— <i>El verdadero rey</i>	28 ✓

Septiembre de 1908

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

“COLECCION ARIEL”

PUBLICACION ECONOMICA

de escogida literatura internacional antigua y moderna

La serie anual de 10 números vale ₡ 1.00

El número suelto vale 10 céntimos

Las suscripciones pueden hacerse en la
Sociedad Librera de Costa Rica FONT Y COMPAÑIA

EL LLAMAMIENTO

El llamamiento que hice en el número anterior halló una amable acogida en algunos espíritus generosos, que se apresuraron á ofrecerme su apoyo. Esto me tiene encantado y me demuestra que aquí no se miran con absoluto desdén tareas de cultura como las que se ha propuesto ARIEL. Por lo mismo, seguiré con entusiasmo adelante, sobre la senda ya trazada, poniendo mi pequeño con-

COLECCIÓN ARIEL

Nº 24

La Fantasía

En la mente del hombre está toda la mente de la humanidad desde que ella es, como en la gota de diamante están todas las aguas de la luz y las más viejas épocas de la tierra. Pretender arrebatarse al hombre un poder existente en la humanidad es tan insensato como intentar hacer retroceder la tierra hasta los orígenes de su eterno movimiento. Las dos fuerzas más colosales del universo son la voluntad y el pensamiento. Y la fantasía es como la cumbre de esa gran pirámide de energía que es el pensamiento cuya base se dilata por la tierra y por los cielos que el hombre es capaz de contemplar. La fantasía horada lo invisible y descubre con su visión potente lo que está más allá de lo sensual y perceptible; lo hace descender, á veces con formas reales, circunscritas por el tiempo y por el espacio, á la admiración de los hombres. Qué son las actuales maravillas de la civilización presente, sino la obra de la fantasía de un reciente ó de un antiguo pasado? Tres momentos tiene toda creación ideal: la concepción, que es la repentina adivinación, la intuición de la posibilidad de la existencia de algo no existente aun; la maduración, que es la rumia de los medios, de las expresiones que afectará la concepción y luego el momento final de los ensayos de la materialización.

El primero de esos momentos es el más solemne, y todo él está ocupado por la absorción de la fantasía dentro de la corriente de las fuerzas creadoras del mundo. Toda creación es hija de la fantasía ó no es creación. En dónde está una

creación más sorprendente, desde el punto de vista material, y dejando aparte su profundo sentido simbólico, que las pirámides de Gizeh? No parece tal realidad extrañamente fantástica á los viajeros diminutos que las contemplan desde su base? Pues más sorprendente es aún la fantasía que las ideó. Y si de las pirámides saltamos por encima de los siglos hasta nuestros ferrocarriles y nuestros barcos y nuestros dirigibles, qué hallamos sino la fantasía creando lo que los hombres del pasado no soñaron, tan por encima estaba de su fantasía el hoy que llamamos realidad? Si la fantasía es perversa, reneguemos de nuestra cultura humana: es la obra de la fantasía. Amais las ciencias sociales y deseais para los hombres un futuro de felicidad y de grandeza? Suprimid esto porque es obra de la fantasía. No han existido semejantes pueblos. Las Arcadias son sueños de la fantasía. La fantasía es como una antena, delicada, potente, profunda que palpa en el silencio, que ilumina en las tinieblas los senderos posibles de la humanidad anhelante de ventura y de progreso.

Extraed de vuestros recuerdos ó de vuestros conocimientos lo que más os haya seducido: será siempre la obra de una imaginación anterior á la realidad. Porque si es obra de la naturaleza, nada iguala la fantasía de la mente universal; y si es la obra de los hombres, antes ha debido existir en su creadora fantasía.

Decís que la ciencia es labor de la razón? Os engañáis. Tomais por la ciencia los dos últimos momentos de toda creación humana. Dejais á un lado la concepción de la hipótesis que será ley ó teoría más tarde. Comprobar una hipótesis es labor lenta y difícil, pero al alcance de los hombres de simple buen sentido común. El engendramiento de la hipótesis es una fulguración de la fantasía, es el primer momento de la creación, lo que llamamos inspiración genial.

Si por fantasía comprendéis la soñación vacía, la revelación de las monstruosidades, es culpa vuestra. Poner un traje terreno y evidente á lo

que sólo es verdaderamente real, pero que existe fuera del alcance de nuestras percepciones ordinarias, es lo que yo designo creación de la fantasía.

Buscad todas las noblezas, todas las hermosuras que amais, ponedlas delante del ojo de vuestra mente y allí tendreis un magnífico homenaje á la fantasía. Matad la fantasía y habrá muerto el progreso de la Ciencia, la grandeza del Arte, la sublimidad de la Filosofía. Pero acaso el comercio y la industria vivirían sin ella?

Son los hombres de fantasía las fuerzas vivas que llevan el mundo moral hacia la dicha y la perfección. Quién concibe una moral sin un ideal fantástico de belleza, de armonía, de bondad en el yo interior y supremo del hombre? Quién concibe una religión y una poesía sin fantasía? La razón no crea una parábola ó una metáfora, un *Prometeo encadenado* ó una Ley de Evolución: es la fantasía. A la razón no le queda otro derecho que seguir con paso de caracol la senda relampagueante que abrió la fantasía. Y esto es metáfora también, porque la fantasía no puede existir en un reino aparte de la razón. La división en facultades de la mente humana carece de razón de ser. La fantasía es la fuerza del genio, de Shakespeare ó de Newton. Pero ved cuánta razón hay en sus fantasías, cuánta fantasía en sus razonamientos. Los hombres de chata fantasía constituyen el lastre de la humanidad que es preciso arrastrar, á su despecho, hacia la dicha y hacia el ideal. Y si decís que la fantasía, creadora de religiones y de poesía, creadora de ciencias y de artes, autora de los inventos de la mecánica, es tan sólo el patrimonio de las razas primitivas y salvajes, os responderé que no mirais de cerca la poderosa imaginación que se despliega en nuestros días para conquistar el aire y el agua y la tierra.

Quereis arrebatár á los niños el reino de la fantasía? No lo conseguireis jamás. Puedo argumentaros, pretendidos hombres de ciencia, enamorados de un positivismo sin ojos, que existe una ley biogenética que debéis respetar por ser un dogma

de la ciencia que os dice que una edad en el hombre, la infancia, debe repetir la infancia de la Humanidad, si no quereis que la naturaleza reclame sus derechos más tarde, cuando hayan pasado las horas infantiles, si bien es imposible para el hombre dejar de penetrar en los jardines encantadores de la eterna fantasía en ninguna de las edades de su existencia.

Roberto Brenes Mesén

A mis ojos la mujer más bella es la que siempre corresponde mejor á las aspiraciones de nuestro ser individual, á los sentimientos y á las tendencias que nos son comunes con nuestra época.—
M. Guyau.

RINCÓN DE LOS NIÑOS (*)

✓ El Príncipe Feliz

Allá, en lo alto de la ciudad, sobre una pequeña columna, se elevaba la estatua del Príncipe Feliz.

Estaba cubierta de una capa de hojas de madreselva de oro puro: sus ojos eran dos brillantes zafiros y un enorme rubí rojo como una brasa ardía en el mango de su espada.

Y... cuánto se le admiraba.

—Qué hermoso es! parece una veleta, observaba un miembro del Consejo de la ciudad que quería adquirir reputación de conocedor en el arte.

—Pero, no es tan útil como hermoso, añadía temiendo le creyeran poco práctico.

Y en verdad que no lo era.

(*) Con este título general venimos publicando de tarde en tarde cuentecitos y recitaciones para niños. Los padres de familia y maestros de escuela deben leerlos á los niños y explicarlos de modo que comprendan las bellezas ó las enseñanzas que encierran.

—Por qué no eres como el Príncipe Feliz? preguntaba una madre sensible á su hijo que le pedía la luna. El Príncipe Feliz no hubiera tenido jamás la ocurrencia de pedir nada á gritos.

—Yo soy feliz porque hay siquiera un hombre en el mundo que es del todo dichoso, decía mirando la amarilla estatua, un individuo á quien nunca había salido nada bien.

—Verdaderamente parece un ángel, decían los niños del asilo de caridad, saliendo de la catedral, vestidos con sus magníficos mantos escarlata y sus lindas blusas blancas.

—Por qué lo miran ustedes tanto? replicaba el maestro de matemáticas. Nunca han visto un ángel?

—Oh! nosotros los hemos visto, pero en sueños, respondían los niños.

Y el maestro de matemáticas fruncía las cejas y ponía un semblante severo, porque él no podía aprobar que los niños se permitieran soñar.

Una noche una pequeña Golondrina llegó volando á la ciudad.

Seis semanas antes sus amigas habían partido para Egipto, pero ella se había quedado atrás. Estaba enamorada del más hermoso rosal.

Se habían conocido al principio de la primavera, cuando volaba por el río persiguiendo una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto había tenido un atractivo tal para ella, que se había detenido á hablarle.

—Yo te amaré, había dicho la Golondrina, que no gustaba de rodeos.

Y el rosal le había hecho un saludo profundo.

Entonces la Golondrina había revoloteado alrededor de él, tocando apenas el agua con la punta de sus alas y trazando surcos de plata.

Este era el modo de hacerle la corte y así trascurrió el verano.

—Es un amor ridículo, murmuraban las otras golondrinas. Ese rosal no tiene un centavo y además tiene tanta familia!

En efecto, toda la orilla del río estaba cubierta de rosales.

Quando vino el otoño todas las golondrinas se fueron. Así que todas habían partido, su amiga se sintió aislada y empezó á cansarse de su novio.

—El no sabe conversar, decía ella, y, además temo que sea inconstante, pues coquetea á cada rato con la brisa.

Y era cierto; cada vez que pasaba la brisa el rosal multiplicaba sus más graciosas cortesías.

—Yo comprendo que es demasiado casero. En cuanto á mí, adoro los viajes. Así, el que me ame debe gustar de viajar conmigo.

—Quieres seguirme? preguntó por fin la Golondrina al rosal.

Pero el rosal sacudió la cabeza: estaba demasiado apegado á su casa para ello.

—Tú te has divertido conmigo, le gritó la Golondrina. Yo me voy á las Pirámides, adiós!

Y la Golondrina se fué.

Todo el santo día lo pasó volando y á la noche llegó á la ciudad.

—Dónde encontraré un albergue? se dijo. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces alcanzó á ver la estatua sobre la pequeña columna.

—Voy á posarme allá, exclamó; el sitio es lindo: hay mucho aire fresco.

Y vino á colocarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Yo tengo una cámara dorada, se decía dulcemente después de haber mirado en derredor.

Y se preparó á dormir.

Pero cuando ponía la cabeza bajo el ala he aquí que una gran gota de agua cayó sobre ella.

—Qué curioso! exclamó la Golondrina. No hay una nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes y sin embargo llueve! El clima del Norte de Europa es verdaderamente extraño. El rosal se alegraba con la lluvia, pero era puro egoísmo de su parte.

Entonces una nueva gota cayó.

—Para que sirve una estatua si no sirve para

garantizar contra la lluvia? dijo la Golondrina. Yo voy á buscar un tejadillo de chimenea.

Y abría ya sus alas, cuando una tercera gota de agua cayó.

La Golondrina miró encima de ella y vió... ah! que vió ella?

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas y las lágrimas corrían por sus mejillas de oro.

Su cara estaba tan bella á la luz de la luna, que la Golondrina se sintió profundamente conmovida.

—Quién eres? dijo.

—Yo soy el Príncipe Feliz.

—Entonces porque lloriqueas así? preguntó la Golondrina. Casi me has empapado.

—Cuando yo estaba vivo y tenía un corazón de hombre, contestó la estatua, yo no sabía lo que eran lágrimas, porque vivía en el palacio de Sin Pesar, en el cual no se permite la entrada al disgusto. En el día jugaba con mis compañeros en el jardín y á la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín había una muralla muy alta pero nunca tuve el capricho de saber qué había más allá de esta muralla, todo lo que me rodeaba era tan hermoso!

Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz y en efecto yo era feliz, si la felicidad está en el placer. Y como viví así morí y ahora que estoy muerto, me han colocado tan alto que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón es de plomo, no me queda más recurso que llorar.

—Pues qué! El no es de oro de buena ley, pensó la Golondrina aparte, para sí. Era demasiado bien educada para hacer observaciones en alta voz sobre las personas con quienes hablaba.

—Allá abajo, continuó la estatua con su voz queda y musical, allá abajo, en una callejuela hay una casa muy pobre. Una de las ventanas está abierta y por ella puedo ver una mujer sentada frente á una mesa. Su cara está flaca y ajada. Tiene las manos gruesas, rojizas y todas picadas por la aguja, pues ella es costurera.

Está bordando flores de pasionaria en un vestido de raso que debe llevar en el próximo baile una de las damas de honor de la reina. En un rincón de la pieza gime su hijito enfermo que tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no tiene otra cosa para darle que el agua del río. Y el niño llora..... Golondrina, pequeña Golondrina, no quieres llevarle el rubí del mango de mi espada? Mis piés están fijos en el pedestal y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto, respondió la Golondrina. Mis amigas revolotean de acá para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Dentro de poco ellas se irán á dormir en la tumba del gran rey. El Rey está en su ataúd de madera. Está envuelto en una tela amarilla y embalsamado con perfumes. Una cadena de piedras verde pálido rodean su cuello y sus manos son semejantes á hojas secas.

—Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina dijo el Príncipe, no permanecerás conmigo una noche y no serás mi mensajera?

El niño tiene tanta sed y la madre está tan triste!

—Yo no creo amar á los niños, respondió la Golondrina. El último verano cuando yo vivía en el río, dos muchachos malcriados, hijos del molinero, constantemente me estaban tirando piedras. Es cierto que nunca me alcanzaron, porque nosotras las golondrinas volamos muy bien y además yo soy de una familia célebre por su agilidad, pero siempre, eso era falta de respeto.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la pequeña Golondrina se compadeció de él.

—Hace frío aquí, dijo ella, pero yo me quedaré contigo y seré tu mensajera.

—Gracias pequeña Golondrina, respondió el príncipe. Entonces la pequeña Golondrina arrancó el rubí de la espada del príncipe y llevándolo en el pico levantó el vuelo por encima de los techos de las casas. Pasó por encima de la torre de la catedral, donde había ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó por encima del Palacio y oyó la música del baile.

Una hermosa joven apareció en el balcón con su novio.

—Que hermosas están las estrellas, le dijo él, y qué poderoso es el amor!

—Yo quisiera que mi vestido estuviera listo para el baile oficial, respondió ella. He ordenado que me le borden pasionarias, pero las costureras son tan perezosas.

La Golondrina pasó por el río y vió las linternas de los mástiles de los buques.

Pasó sobre el barrio comercial y vió á los viejos judíos negociando entre sí y pesando monedas en balanzas de cobre.

En fin, llegó á la pobre morada y echó una ojeada en ella.

El niño se agitaba febrilmente en su lecho y su madre se habia dormido tan fatigada estaba.

La Golondrina saltó dentro de la habitación y puso el gran rubí sobre el dedal de la costurera. Después revoloteó dulcemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas el rostro del niño.

—Que dulce frescura siento, dijo el niño. Yo debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la Golondrina se fue volando al Príncipe Feliz y le contó lo que habia hecho.

—Es curioso, observó ella, ahora siento casi calor y sin embargo hace frío.

—Es que has hecho una buena acción, replicó el Príncipe.

Y la pequeña Golondrina empezó á reflexionar y entonces se durmió. Cada vez que ella reflexionaba se dormía.

Cuando apareció el alba voló hacia el río y tomó un baño.

He aquí un fenómeno notable! exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente. Una golondrina en invierno!

Y escribió una extensa carta en un periódico local. Todo el mundo la citó; estaba tan llena de palabras que no se podía entender.

—Esta tarde yo parto para Egipto, se decía la Golondrina.

Y con esta perspectiva, estaba contentísima. Visitó todos los monumentos públicos y descansó largo rato en el campanario de la iglesia.

Por todas partes donde andaba los polichinelas cuchicheaban:

—Qué extranjera tan distinguida!

Esto la regocijaba.

Cuando salió la luna, la Golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz.

—Se te ofrece algo para Egipto, le dijo ella, me voy para allá.

—Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina! dijo el Príncipe, no pasarás conmigo una noche aún?

—Me esperan en Egipto, respondió la Golondrina. Mañana mis amigas volarán ya hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se duerme entre los juncos y el dios Memmon se eleva sobre su enorme trono de granito. Toda la noche la pasa observando las estrellas y cuando brilla el lucero de la mañana, lanza un grito de alegría y enseguida se calla. A medio día los leones amarillos descienden al borde del río. Tienen los ojos verdes como las algas marinas y sus rugidos son mucho más poderosos que la voz de la catarata.

—Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, dijo el príncipe, allá abajo, al otro lado de la ciudad yo veo á un joven en una bohardilla. Está inclinado sobre un escritorio atestado de papeles y en un vaso á su lado, hay un ramo de violetas marchitas. Su cabello es oscuro y rizado; sus labios, rojos como granos de granada; sus ojos, grandes y soñadores. Se empeña en concluir una pieza para el director del teatro, pero está tiritando de frío y no puede escribir más. La lumbre está apagada y el hambre le tiene sin fuerzas.

—Yo permaneceré aun una noche contigo, dijo la Golondrina, que realmente tenía un buen corazón. Debo llevarle un rubí?

—Ay! yo no tengo más rubíes, dijo el Príncipe. Mis ojos son lo único que me queda. Son dos raros zafiros que fueron traídos de la India hará unos mil años. Arráncame uno de ellos y llévaselo. El

se lo venderá á un joyero, comprará con que alimentarse y concluirá su pieza.

—Querido Príncipe, dijo la Golondrina, yo no puedo hacer esto.

Y se puso á llorar.

—Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina! dijo el Príncipe. Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el ojo del Príncipe y voló hacia el cuarto del estudiante.

Era fácil entrar en él, pues había un agujero en el techo.

La Golondrina entró como un rayo de sol y saltó por toda la pieza.

El joven tenía la cabeza hundida entre las manos y no oyó el aleteo del pájaro. Cuando levantó la cabeza vió el hermoso zafiro sobre las violetas marchitas.

—Como que empiezo á ser apreciado, exclamó. Esto viene de algún rico admirador. Ahora sí, puedo concluir mi pieza.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la Golondrina voló hacia el puerto y se posó en el mástil de un gran navío. Desde allí contempló á los marineros que sacaban grandes bultos fuera de la sentina por medio de cuerdas.

—Arriba! exclamaban á cada caja que llegaba al puente.

—Me voy á Egipto, les gritó la Golondrina. Pero nadie le hizo caso y cuando salió la luna, regresó á donde el Príncipe Feliz.

—He venido á decirte adios, le dijo ella.

—Golondrina Golondrina, pequeña Golondrina, dijo el Príncipe. No permanecerás conmigo aún una noche?

—Estamos en invierno, replicó la Golondrina y la nieve glacial pronto estará aquí.—En Egipto el sol es tibio sobre las palmas verdes. Los cocodrilos, medio hundidos en el barro, miran perezosamente los árboles al borde del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan mutuamente. Querido Príncipe

es preciso que te deje, pero no te olvidaré jamás y la próxima primavera yo te traeré de allá abajo hermosas joyas para remplazar las que tú has dado. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro más azul que el inmenso mar.

—Allá abajo en un barrio, replicó el Príncipe Feliz, está una pequeña vendedora de fósforos. Ha dejado caer sus fósforos en un arroyo y se le han echado á perder. Su padre le pegará si no trae dinero á la casa y ella llora. No tiene ni zapatos ni medias y su cabecita está desnuda. Arráncame mi otro ojo y dáselo y su padre no le pegará.

—Yo pasaré todavía una noche contigo, dijo la Golondrina, pero yo no puedo arrancarte un ojo. Entonces te quedarías del todo ciego.

—Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, dijo el Príncipe. Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el segundo ojo del Príncipe y voló llevándolo en el pico.

Llegó y se posó en el hombro de la pequeña vendedora de fósforos y deslizó la joya en la palma de su mano.

—Qué lindo pedazo de vidrio! exclamó la niña. Y toda risueña corrió á su casa.

Entonces la Golondrina volvió á donde el Príncipe.

—Ahora tú estás ciego, dijo ella. Y entonces yo me quedaré contigo para siempre.

—No, pequeña Golondrina, dijo el pobre Príncipe, es preciso que te vayas para Egipto.

—Yo me quedaré para siempre contigo, dijo la Golondrina.

Y ella se durmió entre los pies del Príncipe.

Al día siguiente acampó en el hombro del Príncipe y le relató lo que ella había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se colocan en grandes hileras á orillas del río Nilo y pescan peces de oro, á golpes de pico; de la Esfinge que es tan vieja como el mundo, que vive en el desierto y que sabe tantas cosas; de los comerciantes que marchan lentamente cerca de sus camellos y dan vueltas en sus manos á rosarios de

ámbar; del rey de los Montes de la Luna que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palma y á quien veinte sacerdotes están encargados de alimentar con tosteles y miel; y de los pigmeos que navegan sobre un gran lago, en enormes hojas planas y que están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida pequeña Golondrina, dijo el Príncipe, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso es lo que sufren hombres y mujeres. No hay misterio tan grande como la miseria. Vuela por la ciudad, pequeña Golondrina y dime lo que tú veas.

Entonces la pequeña Golondrina voló por la gran ciudad y vió á los ricos gozando en sus soberbios palacios mientras que los mendigos estaban sentados á sus puertas.

Voló por las callejuelas sombrías y vió caras pálidas de niños muriéndose de hambre, que miraban con indiferencia las calles negras.

Bajo los arcos de un puente, dos niñitos estaban uno al lado del otro acostados procurando calentarse mutuamente.

—Qué hambre tenemos! decían ellos.

—Es preciso que no se acuesten aquí! les gritó el sargento de policía.

Entonces ellos se fueron bajo la lluvia.

La Golondrina levantó el vuelo y fué á decir al Príncipe lo que había visto.

—Yo estoy cubierto de oro puro, dijo el Príncipe; arráncalo hoja á hoja y dáselo á mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja á hoja la Golondrina arrancó el oro puro hasta que el Príncipe Feliz quedó sin brillo ni hermosura.

Hoja á hoja ella distribuyó el oro fino á los pobres, y las caras de los niños se volvieron rosadas y rieron y jugaron por la calle.

—Ahora tenemos que comer, exclamaban ellos.

Por fin llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían plateadas, tanto era su chispeante brillo. Grandes pedazos de hielo, semejantes á puñales de cristal, estaban suspendidos de los techos de las casas. Todo el mundo se abrigaba con precaución y los niños patinaban sobre el hielo, llevando sus gorras escarlata.

La pobre pequeña Golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe porque ya le amaba mucho. Recogía las migas á la puerta de la panadería cuando el dueño no la veía y procuraba calentarse batiendo las alas.

Pero al fin vió que iba á morir. Apenas tuvo las fuerzas suficientes para volar aún una vez al hombro del Príncipe.

—Adiós, querido Príncipe, murmuró ella, permíteme que yo bese tu mano.

—Estoy contento de que al fin te vayas para Egipto, pequeña Golondrina, dijo el Príncipe. Has permanecido demasiado tiempo aquí, pero es preciso que me beses en la boca, pues yo te amo.

—No es á Egipto adonde me voy, dijo la Golondrina. Me voy á la casa de la muerte. La muerte es hermana del sueño, no es verdad?

Y ella besó al Príncipe Feliz en los labios y cayó muerta á sus pies.

En ese momento se oyó un singular crugido en el interior de la estatua, como si algo se hubiera quebrado.

El hecho es que el corazón de plomo se había partido en dos.

Verdaderamente hacía un frío terrible.

Al día siguiente á buena hora el gobernador se paseaba con los consejeros de la ciudad, y casualmente pasó al pie de la estatua. Al pasar levantó los ojos hacia la estatua.

—Santo Dios! dijo él. Qué sin brillo está el Príncipe Feliz!

—Está verdaderamente sin brillo, dijeron en coro los consejeros de la ciudad, que eran siempre de la misma opinión que el gobernador, y ellos también levantaron la cabeza para ver la estatua.

—El rubí de su espada falta, los ojos no están

en su lugar, ha desaparecido todo el oro que le cubría. Dentro de poco no valdrá más que un mendigo.

—Nada más que un mendigo, hicieron eco los consejeros.

—Y he aquí que hay á sus pies un pájaro muerto, continuó el gobernador. Verdaderamente será preciso publicar un acuerdo prohibiendo á los pájaros morir aquí.

Y el secretario tomó nota de esta idea.

En seguida se echó abajo la estatua del Príncipe Feliz.

—Cómo está de feo! dijo el profesor de arte de la Universidad.

Se decidió entonces mandar á fundir la estatua á una fundición, y el gobernador reunió el consejo en asamblea para decidir lo que se debía hacer del metal.

—Se podrá hacer otra estatua. La mía, por ejemplo, propuso él.

—O la mía, dijo cada uno de los consejeros, y concluyeron por disputar entre ellos.

La última vez que yo oí hablar de ellos, todavía estaban disputando.

—Qué cosa tan rara! dijo el contra maestre de la fundición. Este corazón no quiere fundirse en el horno. Va á ser necesario votarlo á la basura.

Los fundidores lo tiraron en el montón de sobbrantes, en donde estaba también la Golondrina muerta.

—Traeme las dos cosas más preciosas de la ciudad, dijo Dios á uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Tú has elegido bien, dijo Dios. En mi jardín del Paraíso este pajarito cantará eternamente, y en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

Oscar Wilde (*)

(Traducción y envío de la Srta. Sabina Zelaya).

(*) Glorioso escritor inglés. Vivió de 1856 á 1900.

✓ La niña que pide

Cuando la brisa de la noche es hielo,
un ángel rubio, chiquitín, me para:
bien se ve que es un ángel en su cara
y en que su dulce voz es voz del cielo.
«Señor—me dice—para el pobre abuelo.»
Y, cual si mi intención adivinara,
en busca de otra mano que le ampara
tiende su manecita con anhelo.
Aunque alivio su mal con unos reales,
siempre el recuerdo de la triste escena,
al azotar la lluvia mis cristales,
me hace pensar con infinita pena:
—En estas crudas noches invernales,
qué frío pasará la pobre nena!

Federico Romero
(Español)

(De la *Ilustración Española y Americana*. 8 de marzo de 1908.)

✓ Soy como la golondrina

Allí donde el sol calienta
anida la golondrina,
los aires cruza contenta
y charla en la triste ruina.
Donde hay nieve despiadada
no vive la golondrina,
huye de real morada
y de alberca cristalina.
En la amistad y el amor,
yo evito hielo y neblina
y moro donde hay calor,
soy como la golondrina.

Efrén Rebolledo
(Mexicano)

Proverbio

No vayas, alma, á mendigar honores
al pie de los palacios.
No en los dorados pórticos esperes
el paso del magnate
ni formes comitiva
á la triunfal carroza.
No vayas, alma, á despertar rencores,
al seno de las turbas.
No intentes pedestal para tu fama
labrarte con auxilio
de la fuerza del pueblo, eterno esclavo
que eternamente adula
y eternamente hieres!
Si quieres, alma, honores, lucha sola!
Alma, si honor pretendes, lucha libre!
Ni á reyes ni á villanos
jamás tu noble orgullo se doblegue.
Ni á grandes ni á pequeños
intentas halagar con tus palabras.
Que los grandes salpican,
y los pequeños manchan!

G. Martínez Sierra ()*

✓ Androclo y el león

Un día había llevado al pueblo romano al circo el espectáculo de una cacería en que habían de combatirse considerable número de animales. Encontrándome en Roma á la sazón, quise presenciársela, y ví soltar en la arena gran número de animales salvajes de fuerza y dimensiones prodigiosas y extraordinaria ferocidad. Admirábase especialmente una manada de leones enormes, entre los que descollaba uno, cuya monstruosa

(*) Buen poeta español entre los actuales.

corpulencia, rápidos saltos, terribles rugidos, abultada musculatura y flotantes melenas, asombraban á los espectadores y atraían todas las miradas. Introdújose á los desgraciados que habían de pelear con las fieras, encontrándose entre ellos un esclavo llamado Androclo, que había estado al servicio del procónsul. En cuanto el león vió aquel hombre, paróse, como asombrado por su presencia, dirigióse en seguida dulcemente á él, y se le acercó poco á poco, mirándole como si le conociese. Llegado junto á él, se frota con su cuerpo, agitando la cola con aspecto sumiso y cariñoso, como perro que acaricia su amo, y lame los pies y las manos del desgraciado, á quien el terror había privado de sentimiento. Pero viéndose Androclo acariciado por el terrible animal, cobra ánimos, abre los ojos, y se atreve, al fin, á mirar al león. Entonces, como si los dos se reconocieran, fué de ver al hombre y al león mostrarse recíprocamente profundo regocijo. Ante tan extraño y conmovedor espectáculo, todo el público rompió en aplausos; y habiendo mandado el César que le llevasen enseguida á Androclo, le preguntó en qué consistía que aquella fiera le había perdonado á él solo. El esclavo refirió entonces la aventura más extraña y maravillosa. «Era yo, dijo, esclavo del procónsul que gobernaba la provincia de Africa; los golpes y malos tratamientos que me prodigaba diariamente, sin razón alguna, me obligaron á huir, y para escapar más fácilmente á las persecuciones de mi amo, á quien obedecía toda la comarca, busqué refugio inaccesible entre las arenas y los desiertos, decidido á darme la muerte de cualquier manera si llegaba á carecer de alimento. Caminaba bajo los abrasadores rayos del sol de Mediodía, cuando encontré en mi camino una caverna aislada y profunda, en la que entré y me oculté. Apenas había entrado, cuando ví un león que tomaba el mismo camino. El animal tenía una pata ensangrentada y andaba con dificultad, quejándose y gimiendo como si padeciese violentos dolores. Aterróme al pronto su presencia; pero en cuanto

entró el león en la caverna, que, como ví en el acto, era su ordinaria guarida, y me vió ocultándome en el fondo, acercóse con aspecto dulce y sumiso, levantó la pata, presentándomela, y parecía que me demandaba socorro. Cogíla con la mano, le arranqué una espina muy gruesa que se había clavado, apreté para que saliese la carne corrompida, y cada vez más tranquilo, atendiendo cuidadosamente á la operación, conseguí purificar y secar por completo la herida. Entonces el león, al que había aliviado y librado de sus sufrimientos, se acostó y se durmió, dejándome la pata entre las manos. Desde aquel día vivimos juntos, habitando durante tres años la misma caverna y compartiendo los mismos alimentos. Cuando regresaba de sus cacerías, traíame los mejores trozos de las presas que había cogido, y como carecía de fuego, los asaba yo al sol á la hora del mediodía. Sin embargo, habiéndome cansado de aquel género de vida, un día, mientras el león estaba cazando, me alejé de la caverna. Después de tres días de marcha, encontré un grupo de soldados, que se apoderaron de mí; traído á Roma, comparecí ante mi amo, que en el acto dictó mi sentencia de muerte, condenándome á ser entregado á las fieras. Veo que el león fué cogido también después de nuestra separación, y ahora, alegre al encontrar á su bienhechor, me muestra su agradecimiento». Tal fué el relato de Androclo. En seguida se escribió su aventura en una tablilla, que se hizo circular entre los espectadores, concediéndose perdón al esclavo, á petición de todos, y además quiso el pueblo que se le regalase el león. Más adelante le ví, teniendo atado al león con una endeble correa, paseando por todas las calles de la ciudad; dábanle dinero, arrojaban flores al león, y por todas partes exclamaban: «Ved al león que dió hospitalidad á un hombre; ved al hombre que curó al león».

Aulo Gelio (*)

(De *Noches Aticas*. Libro v. Cap. xiv).

(*) Escritor latino del II siglo de nuestra era.

Corazón deshecho

Es un hecho corriente para aquellas personas que han sobrevivido á las susceptibilidades del temprano sentimiento, ó que han crecido en un ambiente de disipación, reirse de las historias desgraciadas amorosas y considerarlas como historias románticas de pasiones ficticias de novelistas y poetas. Mis observaciones sobre la naturaleza humana me han inducido á pensar de distinta manera. Me han convencido por completo de que aun cuando el exterior del carácter sea frío y parezca marchito por las viscosidades de la vida, ó se manifieste por corteses sonrisas, por efecto de la educación en armonía con las exigencias sociales, hay no obstante fuegos latentes sepultados en corazones insensibles. los que una vez encendidos se tornan en tempestuosos y á veces desoladores en sus efectos. Soy verdadero reyente en la ciega deidad y le rindo culto venerando á todas sus doctrinas. Por qué no confesarlo? Creo en corazones hechos pedazos por la pasión y en la posibilidad de ocasionar la muerte un amor desgraciado. No la considero, sin embargo, una enfermedad fatal y frecuente en el sexo masculino; pero sí afirmo que marchita la existencia amable de jóvenes hasta llevarlas á una prematura muerte.

El hombre es interesado y ambicioso. Su naturaleza lo arrastra á la lucha y bullicio del mundo. El amor no es más que un adorno de su juventud ó un pasatiempo en los intervalos de su trabajo. Busca gloria, fortuna, puesto distinguido en el criterio del mundo inteligente y poder sobre los hombres.

La vida de la mujer es la historia de sus afeciones. Es el mundo de su corazón; es aquí donde su ambición lucha por dominio; es éste el lugar donde su avaricia busca tesoros escondidos. Ella envía por todas partes del mundo sus simpatías y absorbe su existencia el sentimiento afectuoso; y

si naufraga es por completo, porque su corazón ha muerto.

La contrariedad del amor en el hombre puede ocasionar hondas amarguras, hiere sentimientos delicados, destruye horizontes halagüeños, pero es un ser activo que puede disipar sus sombríos pensamientos en el variado torbellino del trabajo ó arrojarse en la risueña corriente del placer; ó si el lugar de la escena está asociado á multitud de dolorosas reminiscencias, le es fácil cambiarlo volando á lejanos lugares y allí encontrar sosiego.

Pero la vida de la mujer es fija, aislada y de melancolía. Está siempre acompañada de sus ideas y sentimientos; y si son adversos dónde podrá encontrar consuelo? Su misión es ser cortejada y vencida; y si es desgraciada en su amor, su corazón semeja una fortaleza que ha sido tomada saqueándola y luego abandonada para quedar en completa desolación.

Cuántos ojos radiantes de vida se apagaron, cuántas rosadas mejillas se marchitan, cuántas formas esbeltas y encantadoras se han evaporado y nadie puede decir la causa de su desaparición! Así como la paloma ciñe y aprieta sus alas y oculta la flecha que la ha herido y destruye el tejido de los hilos de la vida, así es la naturaleza de la mujer para ocultar de las miradas del mundo las profundas y dolorosas heridas que le ocasiona su desgraciado amor.

El amor de la mujer sensible es siempre esquivo y silencioso. Aun siendo feliz apenas se da cuenta de su dicha y menos la ostenta; pero cuando es desgraciado, lo oculta en lo más recóndito de su pecho y lo deja allí vivir como una existencia apagada que se alimenta de su precaria vida. Para ella han muerto todos los sentimientos del corazón. El encanto indefinible de la existencia ha concluído. Rehusa acariciar los ejercicios que halagan y alientan el espíritu, aceleran la pulsación y hacen circular por las avenidas de la vida su vertiginosa corriente.

Ya no hay tranquilidad para ella, el apacible sueño está envenenado por ensueños melancóli-

cos, árido sufrimiento chupa su sangre hasta que su débil contestura desaparece con el pretexto de cualquiera causa extraña. Buscadla algún tiempo después y encontraréis que la amistad deplora su prematura muerte, sorprendida al ver que la que hacía poco rebosada de salud y belleza haya sucumbido tan pronto é inesperadamente, pasando á la oscuridad de la nada! Se dará como motivo de su muerte, un resfriado, una indisposición casual; pero nadie supo la dolencia mental que previamente había minado sus fuerzas haciéndola una presa fácil para su sentimiento victimario.

Ella es la imagen de tierna y hermosa planta, orgullo de la arboleda; graciosa en su forma, robusta y densa en su frondosidad, pero en la que el gusano roe su corazón. Derrepente la vemos marchitarse cuando debiera estar más alegre y vigorosa. Sus ramas se inclinan hacia la tierra desprendiendo hoja por hoja, hasta que arruinada y sin vida se desquicia y cae en el silencio de la selva; y al contemplar la preciosa ruina, tratamos de recordar en vano el rayo que la pudiera haber destrozado.

He visto muchos casos de jóvenes que se han afligido hasta llegar al abandono y desaparecer gradualmente de la tierra como exhalaciones al cielo; y repetidas veces me ha parecido poder trazar su muerte á través de las varias gradaciones de tisis, catarro, debilidad melancólica hasta llegar al primer síntoma: amor desgraciado.

Recientemente se me ha hecho la relación de un caso de estos, cuyas circunstancias son bien conocidas por todos en el país donde tuvo lugar, y que paso á relatar.

Todos recordarán la trágica historia del joven Roberto Emmet, el patriota Irlandés, historia que fué demasiado sensible para poder olvidarla.

Durante los disturbios políticos de Irlanda, fué juzgado, sentenciado á muerte y ejecutada la sentencia, por el delito de traición. Su desgracia causó honda impresión en la simpatía pública. Era tan joven, tan inteligente, tan generoso, tan valiente; lo adornaban todas las bellas cualidades

que pueden llamar la atención en un joven. Su conducta, además, durante el proceso fué tan elevada é intrépida. La noble indignación con que rechazara el cargo de traidor para con su patria; la elocuente vindicación de su nombre y su patética imprecación á la posteridad en la hora aflicta de su condena, todo esto consternó profundamente las almas generosas y aun las de sus enemigos, quienes lamentaron la inflexible política que lo extremara con la muerte.

Pero había un corazón cuyas angustias sería imposible describir. En días más felices y de halagüeño porvenir, había conquistado las afecciones de una distinguida y preciosa joven, hija de un célebre jurisconsulto irlandés. Ella lo amaba con el fervor desinteresado del primer amor. Cuando todas las pasiones mundanas en cuerpo lo condenaban; cuando estaba arruinado y la desgracia y el peligro oscurecían su nombre y amenazaban su existencia, ella lo amaba con delirio á causa de esos mismos sufrimientos. Entonces, si su suerte despertaba simpatía aún entre sus enemigos, cuál no sería la angustia de aquélla, cuya alma la llenaba su imagen? Respondan aquellas personas á quienes les han sido cerradas las puertas de la tumba derrepente, entre ellas y el ser más querido de la tierra, que se han sentado en su borde insondable, poseídas del desencanto de la vida, una vez que el sol que le daba calor y la iluminaba ha desaparecido!

Pero, además, habían las circunstancias horrosas que rodeaban á la víctima. No quedaba á la memoria nada en que pudiera descansar que mitigara en algo la dolorosa separación,—ninguna de las circunstancias que atenúan y acarician el momento de la separación,—nada que resuelva la aflicción en lágrimas, caídas como rocío del cielo, que alienten al corazón en la hora suprema de la partida.

Agravaba más su situación de viudez el haber incurrido en disgustar á su padre desobedeciéndole con su amor, que él no patrocinaba y el motivo de encontrarse proscrita del techo paterno.

Pero si hubiera sido posible que la simpatía y finas atenciones de sus amistades pudieran interesar su espíritu tan conmovido y poseído de horror, no le hubiera faltado consuelo, porque el pueblo irlandés posee viva y generosa sensibilidad. Se le prodigaron con amorosa insistencia esquisitas y cariñosas atenciones por las familias más distinguidas de la sociedad. Se le hizo entrar en toda clase de recreativas ocupaciones y distracciones agradables con la esperanza de hacerla sobrellevar su aflicción, desviándola del recuerdo de la historia trágica de su amor. Todo fué en vano. Hay desgracias que secan y queman el sentimiento; que llegan hasta la fuente de la felicidad y la imposibilitan para que florezca de nuevo y la agotan. Ella no hacía resistencia para frecuentar la sociedad y los lugares á donde el placer convida; pero allí estaba tan sola como en la soledad misma, en donde se movía triste é inconsciente del mundo que la rodeaba. Abrigaba oculto dolor que la hacía desdeñar toda manifestación amistosa, no importándole el canto del trovador por más tierno y sentimental que él fuera. — La persona que me refirió la historia la había visto en un baile de máscaras. No podía presentarse en actitud más dolorosa y patética al observarla en aquel lugar donde vagaba como un espectro, sola y triste donde todo era alegría; verla ataviada con vestido elegante y de colores vistosos, representando un ser debilitado por el dolor, tratando inútilmente de engañar á su corazón, haciendo esfuerzos por inducirle á un olvido fugaz de su triste situación.

Después de recorrer esplendorosos salones en medio de animadísima concurrencia, se sentó en una de las gradas de la plataforma que ocupaba la orquesta, y distraída, como enagenada, por cortos momentos, que evidenciaba su insensibilidad para aquella deslumbrante escena, comenzó á gorjear, con el capricho de un enfermo corazón, una aria llena de ternura y melodiosa. Tenía muy dulce voz; pero de esta vez brotaba llena de tan delicado sentimiento, en el que el alma derrama-

ba toda su amargura, que atrajo á su lado á todo el mundo y en religioso, sepulcral silencio, interrumpieron todos en llanto.

La historia de una persona tan constante y afectuosa, no podía menos que ocasionar gran interés en un país connotado por su extraordinario entusiasmo. Sedujo por completo el corazón de un valeroso oficial, quien la cortejó creyendo que quien había sido tan fiel para con su amante muerto, no podría dejar de ser afectuosa para con los vivos. Ella declinó sus atenciones porque su sentimiento crecía inevitablemente con el recuerdo de su primer amor. El, no obstante, persistió en su idea, solicitando, no ya su amor y ternura sino su aprecio. Además, estaba respaldado por el conocimiento que ella tenía de sus méritos y la conciencia de su situación precaria y dependiente, puesto que vivía del bondadoso cuidado de sus relacionados y amistades. En una palabra, al fin pudo obtener su mano bajo la solemne confesión de que su corazón era eternamente de otro.

Con la esperanza de que un cambio de lugar pudiera influir en mitigar la remembranza de sus tempranos sentimientos, la llevó á Sicilia. Fué esposa ejemplar y amable é hizo esfuerzos para ser feliz; pero nada pudo curar la melancolía silenciosa que se adueñara de su alma, que la devoraba. Poco á poco se marchitaba su naturaleza, hasta que abordó la tumba, víctima de su destrozado corazón.

Washington Irving (*)

(Traducción del inglés y envío de don Teófilo Borbón.)

No es en los parlamentos ni en las cancillerías en donde se hallan los peores enemigos de las creencias cristianas. Imaginaos los vientos políticos más favorables para la Iglesia; su doctrina estará siempre expuesta á un antagonismo más inquietante que el del Estado: el antagonismo de la Ciencia. No es este el momento de insistir en la gravedad del peligro. A mi juicio, es el más formidable que jamás haya amenazado al reino de Dios en el mundo.—
Mrg. D' Hulst.

(*) Referencias y otro precioso estudio de este buen autor pueden hallarse en el n^o 11 de ARIEL.

Una religión que argumenta es una religión que se suicida: el primero que puso la filosofía al servicio de la fé, sin pensarlo echó las bases de la incredulidad.—*Proudhon.*

La superstición gramaticista

Se comprende que estudie uno el griego ú otra lengua cualquiera, viva ó muerta, incluso el castellano, no más que con interés lingüístico, por la lengua en sí, como puede uno estudiar la vaca, la oveja ó el caballo como ejemplares de mamíferos y para estudiar biología y morfología en ellos, sin tener en cuenta que la una da leche, la otra lana y el tercero sirve de bestia de montura y de tiro. Pero no es este el interés que en mi cátedra me mueve.

El interés casi exclusivamente lingüístico, y aún diré menos, casi exclusivamente gramatical, ha hecho estragos en nuestras cátedras de latín y griego. Lo han alimentado cierto natural escolástico y seco de nuestros espíritus—natural corroborado por una educación seca y escolástica—y sobre todo la pereza espiritual. Es mucho más fácil enseñar gramática de una lengua, que no enseñar la lengua misma; como manifestación de una literatura cuesta menos esfuerzo ese horror que se llama análisis lógico ó sintáctico, con sus oraciones primeras ó segundas y su «vuelva usted por pasiva», ó la disección morfológica del vocablo con todo lo de prefijos, subfijos, raíz, tema, desinencias, etc., que no entrar en el pensamiento de Horacio ó de Tácito, de Sófocles ó de Tucídides. *Es la pereza espiritual la que nos lleva á la especial forma de erudición española, y es esa misma pereza la que nos lleva al gramaticismo.*

Yo procuro enseñar lengua griega y no gramática de esa lengua.

Me llevaría á una larga disertación, que no es de este lugar, el explicar el valor de la gramática

para el conocimiento de una lengua, y ni aun así lograría desarraigar de las mentes de los más de mis lectores la superstición gramaticista, que es uno de los más resistentes restos del escolasticismo. *Gentes de muy buen juicio y no escasas de cultura se escandalizan cuando los que nos dedicamos á estudios lingüísticos y filológicos, proclamamos la escasa ó nula importancia de la gramática para el conocimiento del idioma propio, y que el saber que había amado es pluscuamperfecto, ó que tal pronombre es régimen directo ó indirecto no ayuda en nada á saber escribir mejor.*

En tratándose de la propia lengua, me parece claro y evidente que la gramática ordinaria, la meramente expositiva, la gramática no histórica—y de ésta dudo lleguen á dos docenas las personas que saben algo en España—no sirve para maldita la cosa. Yo la proscribirta de las escuelas de primera enseñanza, sustituyéndola con ejercicios de redacción y otros de lectura y comentarios de clásicos. Y así no se daría el caso de maestros que, después de saberse al dedillo el Epítome, el abominable Epítome, ó la no menos abominable Gramática extensa de la Real Academia de la Lengua, y no sé cuántos enredos de análisis lógico, son incapaces de redactar una solicitud con sentido y sobriedad.

Mas en tratándose de una lengua ajena, que es lo mejor aprendérsela como se aprendió la propia, por el uso, puede la gramática llegar á ser un método, aunque auxiliar siempre, abreviado. La síntesis que en el propio idioma es subconsciente y *a posteriori*, nos la dan para el ajeno consciente y *a priori*. Nos dan las casillas para que las llenemos de contenido, cuando en el propio idioma las casillas esas surgen del contenido mismo y no son sino su forma.

Y esto aumenta cuando se trata de aprender una lengua muerta, ó una viva como si fuera muerta. No es imposible aprender el griego de Homero, de Sófocles ó de Píndaro como el inglés de lord Byron, de Macaulay ó de Carlyle, ó el alemán de Goethe. Estos aún se hablan con ligerísi-

mas variantes, y aquél, no. Y así la gramática es un auxiliar mayor para las lenguas muertas.

Pero siempre un mínimo de gramática, lo estrictamente preciso para poder empezar á entender, diccionario en mano, á los clásicos. Lo menos posible de excepciones y particularidades y curiosidades lingüísticas. Esas cosas se aprenden según salen. Y lo menos posible de sintaxis teórica, ya que la sintaxis sólo se aprende sobre los textos.

Miguel de Unamuno

Rector de la Universidad de Salamanca
y catedrático de griego en la misma

El instinto de la maternidad es uno de los más morales y benéficos. También es uno de los signos más visibles de que la naturaleza quiere la propagación de la especie y quiere la vida. — *Camilo Trivero.*

✓ El verdadero rey

El verdadero rey es aquel que sabe usar del pensamiento; cuyos actos son un remedo de los del Padre Todopoderoso, porque hace sus obras en el espacio vacío y llena el caos con vivas, benéficas, aunque intangibles creaciones. Quién se preocupa de saber cuál era el soberano de Homero? El mundo no puede prescindir de las *Orações* de Cicerón y lo que fué su Consulado no le importa. Qué magestuosos son los triunfos del pensamiento! Considerad qué vasta, qué potente es la influencia ejercida hoy por Platón, por Virgilio y por Tácito, que hace tantos siglos están en la sepultura y comparadla con el estrecho, transitorio, imperfecto dominio de Alejandro ó de Augusto, tan omnipotentes en su propia edad y esfera y tan impotentes después.

Horacio Greeley

(De *Recuerdos de una Vida de Trabajo.*)

X

curso *al servicio de las ideas y de los ideales*. Una vez más doy las gracias á los que me han prometido ayuda, rogándoles que persistan en sus bondadosos propósitos, á fin de que tengamos con el tiempo una publicación estable y popular, que vulgarice en este país los tesoros de la ciencia y del arte acumulados por el genio de los hombres. Con el fin de hacer efectiva la vulgarización, yo enviaré á cada uno de los cuotantes mensuales 5 ó 10 ejemplares de cada número nuevo de ARIEL, para que los distribuyan entre sus amigos y amigas, para que los lean y los hagan leer á otros: no hay propaganda más fructuosa que esta.

EL EDITOR.

Próximamente comenzaremos á publicar una interesante biografía de Pasteur, con el retrato de este sabio ilustre.

LIBROS RECIBIDOS

La Casa Editorial F. Sempere y C^ª, de Valencia, nos ha remitido un nuevo libro, *Memorias de un revolucionario*, del capitán don Cárlos Casero, quien, factor muy importante en la intentona revolucionaria del 19 de Septiembre de 1886, describe los motivos que hicieron fracasar aquel importante movimiento revolucionario.

El autor relata las vicisitudes por que pasó en la emigración y hace una minuciosa descripción de los incesantes trabajos que en París llevaba á cabo el gran revolucionario don Manuel Ruiz Zorrilla.

Los activos editores han incluido esta obra en su acreditada colección *Libros populares* á peseta el tomo, con el fin de que todos los que siguen con interés la marcha política en nuestro país, conozcan en detalle esta página de historia contemporánea.

El libro lleva en la cubierta el retrato de Casero en la época de la sublevación, y se vende en todas las librerías.